

Los Ojos Marrones

Elisa González Gamo

Unos ojos marrones se acercan al húmedo cristal, desde donde ven cómo una acera es aplastada por zapatos diferentes, moviendo piernas a desigual velocidad.

Los ojos marrones, ahora parecen perzozos ante el Sol, que se refleja en los baldosines grises. La gente camina y pasea, y su mirada, lentamente se mueve hacia ellos, pero no puede evitar detenerse en los espacios vacíos.

En el primer espacio, contempla la sombra de un perro que parece perdido. En el segundo, mira un arbusto para fijarse en los nudos de los tallos, no el verde de las hojas. Y todo transcurre igual y desigual que en días anteriores

Hasta que un timbrazo le hace reaccionar y su mirada se vuelve hacia dentro para abrir la puerta.

- Hola, buenass -Emilia arrastra la “s” con desgana, mientras baja la cabeza.

Como cada mañana, Miguel espera el milagro que no llega. “¡Si al menos por un día disimulara un poco!”

-Hola, buenos días.

Cuando la chica entra en la cocina hace que esta haciendo para hacer lo menos posible. Un “¿Qué va a comer hoy?” forma parte del ritual. Porque no suele escuchar respuestas, ni responde siempre las preguntas.

El frío empaña los cristales, cuando a Emilia se le cae un huevo al suelo. Miguel espera que lo recoja, pero el huevo sigue allí, machacado por el golpe, y decide traer él la fregona, pero sin querer aplasta la clara esparcida y resbala hasta perder el equilibrio. Aunque asustado, afortunadamente no se ha caído, la mira, y sus miradas se cruzan en un vacío de silencio. Emilia, sigue callada, Miguel no, y la pide que lo limpie.

- Haz el favor de traer la fregona antes de que me caiga.



Como una autómata va y vuelve con el cubo, y se decide a fregar el suelo mientras él continúa tambaleándose sobre una pierna con el huevo en la zapatilla de la otra.
- Emilia, límpiame antes la suela.

Ella continúa fregando. Ante su silencio se exalta pero intenta disimular su enfado.
-O deja que me la limpie yo.
- No te la voy a limpiar porque lo has hecho aposta.

Él se perturba.
-¿Cómo? ..., encima.

Ambos se meten en una espiral de incoherencia.
- Si te la estoy pidiendo para limpiármela yo
-contesta intimidado.

Ella sostiene una mirada fría, mientras calla para que hable el miedo.

No quiere nada de Emilia, pelea por arrabatarla el mocho en un arranque de dignidad y lo consigue, ella se pone a pelar verduras con la pesadez de una concha de tortuga.

En la mente de Miguel se amontonan imágenes, Saturno devorando a su hijo. Un volcán que crece y crece hasta romper la tierra que lo conforma, escupiendo el fuego que le quema. Arde por dentro y ruge llamaradas. El mundo parece a punto de terminar, pero todo continúa, más o menos igual.

-Que mal carácter tienes -prosigue ella-, me recuerdas a una chica, la pobrecita estaba muy mal, pero no paraba de mandar... debe ser la enfermedad ¡Señor, Señor!

Sus ojos piden humedecerse, pero su membrana reseca por el silencio de años, ya no habla y se convierte en parabrasas que lo protege de las lágrimas. “¿Para que sirve llorar?”

Emilia se ha ido hoy sin despedirse.

Sus ojos miran de nuevo por la ventana, buscando la esperanza que le falta, ese sutil engaño que necesita para mirar de frente y, encontrar el camino donde pisar fuerte para no caerse cuando salte la alarma.

Observa el semáforo de la esquina, ese trecho donde suenan las sirenas y los frenos de los coches cuando se enciende el rojo, donde el ruido borra los pensamientos negros y te hace muchedumbre que obedece y calla.

Dentro, en el espejo del pasillo, mira su cuerpo para preguntarse “quién soy y como soy, la razón de mi ser.... Me parecen raros los otros, los que no pueden ni quieren comprender lo que me pasa. Sus oídos sordos, su abandono. Y sin embargo, dependo

de ellos, de su voluntad hostil.”

Pega un puñetazo en la mesa y quisiera aporrearla hasta hundir su madera con su mano, para estar en igualdad de condiciones.

Pero está en su casa, donde el viento no enfría las habitaciones protegidas por muebles cálidos, y el frío no corre por su espalda. Entonces un grato sonido le lleva a deslizar un dedo por la pantalla del móvil, y escucha la voz que hace tiempo que espera, alguien habla por la pantalla.

¡Por fin! los ojos marrones se atreven a gemir con un llanto que limpia las cavernas de la tristeza. Y cuando el llanto cesa, sabe que es fuerte, que volverá a caer y levantarse en la rueda de la vida. Porque es diferente. Porque le han hecho diferente los que temen a la diferencia.